

FRANCISCO CAJIAO R
Filósofo - Investigador

DE LA PASION A LA ADICCION: LAS TENUES FRONTERAS DEL AMOR

"Un amor sano no debería doler"



IOCHROMA Benth.
I. fuchsoides
(Benth.) Miers
Solanaceae
Zonas tropicales de Sudamérica

EL INICIO DE LA ADICCION

"Toda la actuación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, en el punto en que el ánimo falta. El paso del estado normal al de deseo erótico supone en nosotros la disolución relativa del ser constituido en el orden discontinuo. Este término de disolución responde a la expresión familiar de vida *disoluta*, ligada a la actividad erótica. (...) Toda la actuación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura del ser cerrado.

La acción decisiva es ponerse desnudos. La desnudez se opone al estado cerrado, es decir al estado de existencia discontinua. Es un estado de comunicación, que revela la búsqueda de una continuidad posible del ser más allá del replegamiento sobre sí. Los cuerpos se abren a la continuidad por estos conductos secretos que nos dan el sentimiento de la obscenidad. La obscenidad significa el trastorno que desarregla un estado de los cuerpos conforme a la posesión de sí, a la posesión de la individualidad duradera y afirmada. Hay, al contrario, desposesión en el juego de los órganos que se derraman en el renovar de la fusión, parecido al vaivén de las olas que se penetran y se pierden una en otra. (...)”¹.

El punto de partida es la soledad. Una soledad profunda que radica en el hecho de ser conscientes de la imposibilidad de diluirnos físicamente en ese inmenso mundo conocido y fascinante que se nos mete por todos los sentidos pero que igual nos deja allí como entidades aparte, constituidas y cerradas, impenetrables a pesar de disponer de las más finas herramientas de permeabilidad. Y allí en ese universo de los seres compartimos la soledad con otros cientos, miles, millones de solitarios con quienes nuestros cuerpos intentan hallar proximidad a pesar de saberse tan afuera. Esto es

1. Bataille, Georges. El Erotismo, Ed. Tusquets, Barcelona, 1985, pp. 31-33.

lo que Bataille señala como la discontinuidad: allí en la superficie de la piel está el límite, la frontera topológica que dice dónde termino yo y comienza el otro. En esas dos manos cuyos dedos se entrelazan con fuerza como intentando ser una sola mano se construye el símbolo de la unidad, como tratando de dejar de ser dos para ser uno.

Y a pesar de todos los intentos no hay forma física de romper la frontera de la piel, a no ser en el único instante en el cual una ínfima fracción de un hombre penetra un óvulo femenino para dar origen a un nuevo ser que tomará recuerdos genéticos de los dos —tus ojos y mi pelo, mi color y tus rasgos—, y luego ocupará el mundo con su propia soledad, con su propia frontera que lo hará un otro distinto e impenetrable hasta que realice su propio acto de fecundación que por un instante le hará olvidar su aislamiento.

Allí está probablemente el misterio y el poder inquietante de la sexualidad humana. Por una parte el esfuerzo de constituirse como unidad, como alguien con un nombre en vez de algo genérico, y por otro lado el dolor de saberse más solo cuanto más identidad se ha conseguido. Y luego el temor profundo de otro alguien que amenaza todo invitando a una fusión que retornará el ser a su desorden sin jamás lograr ser definitivamente una continuidad a duo. Sin duda la restricción del cuerpo como ofrenda sexual tiene como base el temor profundo de ruptura del yo, el terror a la muerte interior que acarrea el saber que a pesar del paroxismo del orgasmo unos instantes después se constatará que aún persisten las distancias y los silencios pueden ser aún más profundos.

El cuerpo humano es el camino a la unión y la frontera que la impide. En sus formas y en su capacidad de transformarse en signo y en lenguaje descansa el salto de lo puramente instintivo a lo humano. A través de la infinita versatilidad de signos corpora-

les la reproducción biológica adquiere nuevo sentido y la cópula encuentra el camino para ser amor. Pero este cuerpo requiere un largo proceso de adiestramiento para pasar de ser herramienta reproductiva o genital excitable a instrumento de expresión amorosa. Es cierto que la evolución biológica ha encontrado la forma de moldear el cuerpo humano de tal forma que lance señales de atracción con capacidad de asegurar la supervivencia de la especie, pero a diferencia de otros animales estas señales están lejos de ser unívocas. Por el contrario hay una inmensa incertidumbre marcada por la ambigüedad permanente entre el cuerpo y la conciencia de una soledad amenazada.

“Básicamente, la pasión de los amantes prolonga, en el terreno de la simpatía moral, la fusión de los cuerpos entre ellos. La prolonga o es su introducción. Pero para el que la siente, la pasión puede tener un sentido más violento que el deseo de los cuerpos. No debemos olvidar que, a pesar de las promesas de felicidad que la acompañan, introduce antes que nada trastorno y perturbación”².

La pasión es el punto neurálgico, el eje de la vida y la muerte donde cada ser humano es capaz de penetrar en su propio silencio, en su más incomunicable sensación de existir. La pasión es el extremo de la ambigüedad entre la necesidad de soledad y la urgencia de compañía, entre la certeza del deseo y la incertidumbre de ser deseado, entre la posibilidad de someter y poseer y la sensación de ser invadido y poseído por un ser extraño que con la punta de sus dedos puede hacer vibrar toda la piel e introducir el mayor desorden en todo lo que se es y se posee como propio. Ante la pasión el cuerpo se transforma, los músculos modelan expresiones únicas, el corazón late de otro modo, se segregan sustancias que predisponen a la unión, la piel toma colores diferentes con solo la caricia

2. *Id.*

de unos ojos o en el paroxismo del orgasmo. También el cerebro modifica sus operaciones y se involucra en ese trastorno masivo produciendo fantasías, mezclas inusuales de información neuronal que acercan a la iluminación o a la locura. Estómago, riñones, hígado y glándulas cambian su metabolismo y su ritmo ante la sola presencia —o ausencia— de ese otro cuerpo único que suscita el padecimiento vital que llamamos pasión. Es este el punto donde cuerpo y alma son un solo desorden, una sola forma de ser y no ser, un solo deseo de amarse y poseerse en cuerpo y alma en un para siempre que no pasará de ser un instante más o menos prolongado. Y es precisamente en esta conjunción de gozos y dolores donde radica la perspectiva humana: la construcción del amor.

El cuerpo todo se convierte en la herramienta para la construcción de esa alma agrandada por el contacto con otro, con otros y por extensión con cada ser humano viviente. De la pasión es posible pasar a la simpatía, a la compasión, a la empatía... también a la apatía de quienes transitan por el mundo eludiendo el reto de estar vivos con un cuerpo tan sereno siempre que no soporta el estallar de la risa ni la convulsión del llanto, con un alma tan dura que no permite el rubor de las mejillas ni el temblor de las manos. Tampoco sin pasión fluye la locura de ser parte de un mundo que puede ser penetrado sexualmente-amorosamente como ocurre con el esquivo amante: el misterio de las cosas, de la naturaleza, de la historia, del color y la forma, del sonido, del sabor, del olor, de la palabra no puede ser atrapado sin involucrar todo el cuerpo. *Todo.*

Penetrar y ser penetrado, fecundar y ser fecundado por alguien o por algo supone un desgarramiento, un padecer el desorden de estados anímicos fluctuantes que requieren esa paciente seducción que ablanda las fronteras en un lento proceso de

reconocimiento en el cual el tacto y la emoción se cojugan hasta llegar a la ternura. La ternura es el punto en el cual finalmente nos hacemos blandos, permeables, dóciles para ser acogidos en una mano ajena, transparentes a la mirada del otro, libres de la angustia, entregados al desfallecimiento de ser poseídos sin oponer ninguna resistencia. El cuerpo se dobla al confiarse enteramente a la caricia. Entonces somos completamente vulnerables, cesando todo combate, toda lucha por reivindicar identidades, pensamientos, convicciones, dogmas, teorías. La ternura es el momento de la paz, del desarme, del derrumbe de las fronteras que permite cerrar los ojos y sentir la yema de un dedo recorriendo suavemente los labios o los párpados y por un instante ser parte de otro: de una hormiga que recorre la piel, del ruido de hojas agitadas por el viento, de una mano que se posa sobre el hombro o del atronador silencio de los astros. Los latidos del corazón cambian de ritmo, el sistema nervioso se relaja, los músculos se distensionan en una placidez extraña y por unos minutos sentimos que la felicidad existe.

El erotismo alimenta la vida y nos pone en las fronteras de la muerte. Desde la más elemental función reproductiva hace su curso hasta las cúspides del éxtasis místico, donde los seres humanos intentamos aparearnos con la divinidad. En este viaje estará alimentando el amor, la ciencia, el arte, la aventura, el juego, la poesía, haciendo de la sexualidad humana un complejo ejercicio de fusión que debe construirse paso a paso, con paciencia, con ritos capaces de llenar de significado la soledad de los seres más solos del universo. Sin todo este aprendizaje el sexo más primario, el que surge solamente de la atracción física inicial, no logrará más que agrandar el vacío exigiendo orgasmos fisiológicos y erecciones insostenibles que disimulen el dolor de no poder ser parte de algo más, de no

poder derribar las barreras que allan el ingreso de alguien que nos haga sentir profundamente humanos.

DE LA ILUSION A LA ADICCION

En esta búsqueda del amor, que parte de la atracción sexual, es fácil sucumbir a la ilusión que desencadena un encuentro apasionado y fabricar una fantasía de unión perpetua que se alimente del sufrimiento ambiguo de saber que aunque el amor soñado no exista, tal vez sea posible reconciliarse con su rastro. Sobreviene entonces el dolor de una soledad presente y agrandada que se aferra al objeto amado, incapaz ya de responder a la imagen idealizada en las horas de la unión. Resulta casi imposible la separación del ser amado, en la medida en que no existen razones contundentes como la muerte física o la ruptura total del vínculo, seguida del duelo de la desilusión, del engaño o del desencanto. Es en esta continuidad de presencia donde se oscila entre el amor y la tristeza; entre la apremiante necesidad del contacto físico, y el dolor de la distancia que produce un encuentro incompleto. La pasión se va cargando sólo de padecimiento y cada vez se intenta más difícilmente hallar un signo de respuesta a esa ansiosa necesidad que quisiera atrapar toda la cercanía que urge desde lo hondo del alma, y que el cuerpo ya no puede reconocer. Cualquier pequeña recompensa, completamente lejana, en su magnitud, de la respuesta que se cree merecer, constituye un alivio: ese ambiguo o intrascendente gesto de aceptación que el amante enfermo cree haber visto en el otro es trabajado internamente durante días como una certeza sobre la cual descansa el sentido completo de la vida —un sentido frágil que siempre tiene la vida en vilo—. Un instante de rescate de la ilusión bloquea toda posible búsqueda hacia la construcción de algo que no

esté referido a la esperanza de corroborar nuevamente si aquello en que se pensó, en lo que se ha tratado de creer obstinadamente, es verdaderamente cierto. Entonces surge la incertidumbre: el siguiente encuentro puede corroborar la sensación de no estar equivocado, pero también puede golpear con la certeza de que una vez más se trató de un error de apreciación y que en realidad ya no existe nada sobre lo cual construir una esperanza.

Surgen así las eternas inmovilidades: las horas pendientes cerca al teléfono aguardando una llamada en la cual tal vez pueda comprenderse algo del enigma en que se ha convertido el otro, o cavilando en la conveniencia de tomar la iniciativa de marcar el número telefónico; el temor a emprender algo propio que seguramente robará energía a todo el tiempo dedicado a pensar la última conversación sin descifrar; huir de todo aquello que no es el centro del deseo —el fugitivo objeto amado—, porque nada distinto puede ser motivo de gozo y felicidad... En fin, el temor de perder aquello por lo cual se sufre tan intensamente que cualquier otra intensidad resulta trivial y desechable.

Quien padece así sabe que está enfermo —el dolor es la primera señal que anuncia la enfermedad—. Sabe además que algo en su interior es tan doloroso que podría morir de amor, porque nada importa, nada diferente a recuperar aquello que un día se creyó tener y cuya pérdida no es tolerable. Además siente que es la más solitaria enfermedad porque es inexpressible: sólo importaría que una persona conociera lo que se está sufriendo y esa persona no quiere saberlo: no puede hacerse responsable y definitivamente no desea (o no puede) responder del modo requerido. En medio de la tristeza, del obnubilamiento, surge la rabia que proviene de una dignidad pisoteada al suplicar por algo que sólo es aceptable cuando proviene de la gratuidad total, del deseo, de la fe-

licidad de sentirse *verdaderamente* amado, de provocar la admiración y la dicha sin hacer nada diferente a existir.

Pero después de tanto luchar, ¿cómo abandonar repentinamente la búsqueda?, ¿y qué se podría hacer sin el dolor que ya hace parte de la cotidianidad, del gesto, del vestuario?, ¿qué sentido tendría una ruptura si de todos modos sólo podría hallarse una soledad peor? Después de haber vivido únicamente para ese amor – real o imaginario–, hallando ocasionalmente signos de que algo subsiste y ocupando las horas de silencio en llenar los vacíos que el objeto amado no llena, es imposible pensar que se puede vivir de otra manera.

La pasión se ha trastocado, por una alquimia interior, en una adicción. Podría, sin embargo, tomar aún el camino del amor –se dice el enamorado–, pero algo lo impide, algo de lo cual debo tener la culpa y aún no lo sé con precisión, pero si quizá hiciera lo indicado... tal vez si cambiara y fuera otra persona capaz de acoplarme por completo a la exigencia del otro, entonces tal vez –sólo tal vez– hallaría un poco de paz y probablemente suscitaría el amor –o al menos la compasión–. Si me olvidara de mí abandonándome totalmente, claudicando de toda expectativa, no esperando nada, no exigiendo nada, no forzando nada... Tal vez... Finalmente no es tan malo lo que ocurre, sólo que hay momentos insostenibles, pero luego siempre descubro un enriquecimiento y también en el dolor profundo de sentirme tan incompleto(a) hallo una riqueza y acepto mis límites. Y es muy significativo que basta un buen momento, por breve que sea, para que me olvide de todo lo desagradable que en la oscuridad de la crisis apareció como un fantasma.

Racionalmente todo es absurdo. Los datos objetivos muestran que no puede hacerse nada y que la relación es imposible, aniquilante, torturante. También es claro que hace daño, porque el cuerpo se resiente, se

cierran posibilidades de hallar nuevos caminos y nuevas oportunidades de crecer en compañía de alguien con quien pueda construirse a dúo una relación amorosa gratificante y generosa en la cual nadie tenga que sucumbir frente a la incógnita del otro. Pero algo se sobrepone con fuerza inverosímil a la razón: algo que viene del inconsciente, del destino, de la historia familiar o del inmenso temor a ser un alguien completo en vez de un apéndice de una fantasía. Se comprueba que se han perdido las fuerzas, que la voluntad no responde a los llamados de la conciencia, que el alma está invadida de una obsesión de la cual ya no es posible liberarse, porque en algún momento se extravió el deseo de liberarse. Se acepta entonces la derrota y todos los esfuerzos se emplean en sacar el mejor provecho de ella. Se claudica de cualquier otra ilusión y se pierde gradualmente el deseo de la libertad.

¿Cómo distinguir el amor de la adicción? Es una pregunta casi imposible de responder, porque las fronteras son tan tenues que el paso de un territorio a otro es casi un hecho habitual. Quizá sea esto lo que hace pensar a muchos que el amor siempre tiene un alto componente de dolor, que se compensa con los momentos de felicidad que ocasionalmente pueden compartirse. Para muchos el amor apasionado es una especie de amor padecido, que parece no hallar caminos hacia la serenidad y la paz que produciría la total confianza mutua, la sensación de algunas certezas firmemente arraigadas. Regresando a la pregunta, es necesario agregar que el apego físico y psicológico de una relación pasional –¿adicción?–, introduce a la persona en un universo de placeres y frustraciones que giran sobre la perpetua incertidumbre, de tal manera que difícilmente puede precisarse el estado o el sentido de la relación: no es mala porque no aparecen los signos socialmente codificados de una mala relación (maltrato físico,

agresión permanente, aburrición rutinaria, irresponsabilidad...), los cuales en general son aplicados a una pareja estable y definida como los novios, los esposos o los compañeros permanentes entre los cuales se han establecido compromisos duraderos. Puede, en cambio, afirmarse que es buena en la medida en que no existe coherción, ni compromiso permanente, ni exigencia alguna y todo ello permite que la relación se construya basada en la total libertad –aunque ello implique la total incertidumbre–. Quizá esto explique en parte el hecho de que muchas de estas relaciones tormentosas sean el patrón afectivo de los amantes que por diferentes circunstancias no pueden relizar plenamente el proceso del decurso amoroso y, a veces, ni siquiera pueden permitirse el deseo de construirlo.

Tal vez lo que hace doloroso –y en consecuencia enfermizo– el amor, es la extremada incertidumbre. Ella afecta toda la identidad de quien la experimenta, porque haciendo de su objeto amoroso todo el sentido de su vida, ni siquiera puede saber si ese sentido es una posibilidad real: cualquier gesto de indiferencia, de rechazo, de desprecio o de subvaloración constituyen una fractura terrible en la base misma de lo que se es, pero un gesto de abandono significa la muerte, la pérdida de todo. Cuando se está en esta situación el amante enfermo está completamente a merced del otro, de sus fluctuaciones anímicas, de sus dudas, de su eventual necesidad de imponer distancias y condiciones, de su deseo... El otro, el objeto de la pasión –o adicción–, es la fuente misma de la incertidumbre y en ella se afianza su poder. La única forma de adaptación es entonces la total sumisión y la elaboración de una completa simbología³ de idealización del sufrimiento que permita doblegar toda rebelión y todo intento de otras búsquedas.

3. Generalmente caracterizada por la ponderación de las ventajas y la asunción del dolor como parte de la realidad.

das que pudieran ocasionar una ruptura. El amante adicto se convierte en un esclavo del amor. Este quizá sea el aspecto más duro que plantea Pauline Reague en "La historia de O": el regocijo en el dolor y la búsqueda de la perfección del amor a través del sufrimiento absurdo de una dependencia psicológica que conduce las más grandes aberraciones sin ninguna reserva moral, ya que cualquier cosa queda comprendida y justificada en la obsesión del amor.

Necesidad de dependencia y ejercicio del poder se entrelazan, en este tipo de relaciones, de forma muy intrincada y, con frecuencia, destructiva. La incertidumbre va aparejada con la ambigüedad y el encuentro físico y sexual alterna con el abandono. Esto conduce a reflexionar sobre la manera en que se constituyen los vínculos amorosos en nuestros días. Quizá la pugna entre la naturaleza amorosa del ser humano y el universo simbólico que gira alrededor de las formas de conseguir su realización sea signo de un tiempo en el cual hombres y mujeres nos debatimos por descifrar nuestro nuevo papel en el mundo. Ya nadie admite su papel de reproductor de la especie como sentido central de la relación amorosa. A cambio se da prioridad al placer y, como parte de él, a la compañía. Las mujeres que han logrado un cierto nivel educativo no pueden aceptar la dependencia del hombre basada en su indefensión económica. Los hombres defienden cada vez más su deseo de no asumir responsabilidades restrictivas que puedan vetar su acceso a muchas mujeres lo cual los hace reticentes al establecimiento de relaciones estables. Hombres y mujeres asignan un valor muy grande a una actividad exploratoria permanente y prolongada que aleje de la rutina aburrida y pesada de la cotidianidad.

Adolescentes, estudiantes universitarios, jóvenes profesionales, adultos casados, hombres y mujeres

separados, adultos solteros establecen permanentemente relaciones sexuales y afectivas. Algunas de ellas se afianzan configurando parejas amorosas que desarrollan proyectos de largo plazo; muchas no pasan de un proceso agradable y transitorio de seducción en el cual hay una estimulación mutua altamente placentera; otros constituyen relaciones intermedias que pretenden perpetuar el juego erótico sin llegar a configurar un compromiso amoroso sin restricciones. Es este último tipo de relación del que deseo ocuparme en este momento, en la medida en que es en ella donde se ubican las preguntas contemporáneas sobre el amor. Las relaciones estables de pareja que cohabita y constituye comunidad económica se inscriben dentro de la categoría genérica de familia nuclear y están sujetas a goces y sufrimientos particulares de esa situación de convivencia. Las relaciones ocasionales se inscriben en el terreno del placer físico y psicológico que demanda satisfacciones inmediatas y asumen desde el comienzo su carácter transitorio y casual, previniéndose en lo posible del riesgo del enamoramiento y, por tanto, del dolor que conllevaría la separación: en cierto modo se asumen como relaciones en las cuales todo es ganancia.

Pero los grandes interrogantes —aquellos que interpelan la soledad— sobrevienen cuando dos personas se enfrentan a la pasión erótica, involucrando su sexualidad, su mundo interior, su necesidad de libertad e independencia, su deseo de compañía y con todo ello las restricciones provenientes de su historia, sus miedos y del alto valor otorgado a su intimidad solitaria. En realidad no importa cómo esté conformada esta clase de pareja: lo que hace apasionante y a la vez doloroso el encuentro es el saber que la imposibilidad de la relación es más fuerte que el deseo y que, por lo tanto, ella siempre estará ubicada en el terreno de la transgresión. Esta es la clave del erotismo: la violación de un

interdicto⁴. Pero allí mismo reside la fuente del dolor: el interdicto es indestructible. La fuerza del deseo es tan grande que permite desafiarlo todo produciendo un inmenso placer, frecuentemente relacionado con la unión sexual —que es como la cúspide del amor—, pero la fuerza de la prohibición es tan contundente que desencadena la culpa y la angustia de saber con certeza que cada encuentro está marcado por el retorno a la soledad. Es claro que no se trata de una relación trivial y pasajera, pero tampoco es un camino hacia ninguna parte. Cada nuevo encuentro supone repetir la ambivalencia de placer y dolor, de encuentro y separación, de deseo y distancia. Cada vez la incertidumbre está presente y en ella se desenvuelve el intervalo entre los momentos fugaces de la unión: por ello no es posible dejar de pensar en la persona amada ni un instante, porque toda la vida gira alrededor de la próxima oportunidad, con el riesgo inmenso de la pérdida, del momento en que sobrevenga el fatal momento de una ruptura esperada desde el comienzo por un fortuito arranque de sensatez. En efecto, los amantes siempre están conscientes de que cometen una locura, que están arriesgando mucho: su matrimonio, el respeto de sus hijos, su posición social, su estatus profesional, su dignidad moral, su independencia...

Algunas relaciones están marcadas por interdicciones que provienen de las circunstancias externas y uno de los miembros de la pareja —o los dos— es incapaz de asumir las consecuencias de afrontar la transgresión. La relación se ve confinada entonces a la clandestinidad y al secreto, endulzando las horas del encuentro y agrandando las de la soledad, exigiendo la disponibilidad permanente sin garantizar que la llamada o la cita esperada con ansiedad se efectúen. Ese momento de encuentro funciona entonces como un sedante,

4. Bataille, Georges. Op.Cit.

como un opio, como un bálsamo que cura del dolor que la misma relación ocasiona. Es igual al trago que finalmente toma ávido el alcohólico después de varios días de abstinencia, o a la nicotina que inhala el fumador después de horas de permanencia en lugares vedados, o a la cocaína que aspira el hombre de negocios antes de una reunión, sabiendo que pronto tendrá que tomar la heroica decisión de abandonar su vicio. Cuando los dos miembros de la pareja experimentan lo mismo, en el comienzo de la relación, tienen la sensación de estar enamorados —y seguramente lo están—, pero con el correr del tiempo descubren que son tan grandes sus miedos y tan infranqueables las barreras que se oponen a su felicidad que toda su energía se concentra en hallar unos pocos momentos de alivio sin hallar espacio para construir un proyecto viable de relación. Dado que no es posible amarse, centran su mayor esfuerzo en poseerse y, con frecuencia, en aniquilarse. Por esto el sexo, como símbolo máximo de posesión y culminación de las transgresiones, ocupa un lugar central en la relación de los amantes —de hecho cuando se habla de amantes se hace referencia a quienes sostienen relaciones sexuales regulares y prohibidas—. Además en el sexo se consigue el placer que produce la descarga de todas las tensiones provenientes de la adversidad en que se desenvuelve la relación: esta unión de los cuerpos es el premio al dolor de un amor imposible.

Pero hay otras restricciones más dolorosas, que no provienen solamente de las circunstancias, y que no son compartidas por ambos miembros de la pareja: son aquellas que uno de los dos impone desde una situación de poder que automáticamente somete al otro en la más total indefensión y dependencia emocional. Es la situación de esas parejas en las cuales uno de los dos está dispuesto a asumir todos los riesgos —bien sea porque no tiene nada que perder o

porque ama lo suficiente como para arriesgarlo todo—, en tanto que el otro no está dispuesto a poner en juego nada esencial por conservar la relación amorosa: en tanto le resulte cómoda y no altere ninguna de sus rutinas sociales o personales podrá mantener el vínculo, pero al más mínimo sobresalto estará dispuesto a romperlo. En este punto se constituye la relación de poder que marca el ritmo de todos los encuentros. La única opción del otro —del dependiente, del adicto—, es respetar las reglas del juego en tanto que desee permanecer en la relación. Es a él (o ella) a quien corresponde la iniciativa, el rol activo de desciframiento continuo, la obligación de franquear los obstáculos y comprender los silencios, el dolor de explicitar las crisis arriesgándose a la pérdida. Si se porta debidamente el amante adicto recibirá su recompensa en ciertos momentos de esplendor amoroso, pero también tendrá que soportar los silencios, las ausencias, el secreto, las críticas, las veladas amenazas de abandono... y tendrá que regresar humillado, después de decidir una separación, porque la soledad y el hábito serán más poderosos que la lucidez de ciertos momentos. La sensación de haberse equivocado provendrá del papel de iniciativa que asume siempre en la relación, en tanto que quien tiene el poder asume un rol de juez, de otorgador de perdón, de proveedor de premios que borren cualquier intento de fuga.

Al igual que quienes son adictos a sustancias químicas, el enamorado(a) enfermo elude asumir su estado de dependencia convenciéndose cada día de que él está en capacidad de manejar la situación y dosificarla de tal forma que no sobrevenga la autodestrucción total. En esta lucha interior, que siempre lo embarga de dudas y de deseos fugaces de liberarse, explora todas las formas posibles de manejo de la situación, excepto la ruptura que aparece como imposible, impensable. Si acude en busca de ayu-

da no lo hace para desprenderse de su objeto amoroso sino para aprender a manejarlo y adecuarse a las exigencias de la relación disminuyendo en lo posible los efectos aniquilantes que emanan de ella. Se intenta comprender qué constituye el vínculo, pero no para romperlo sino para hallar los argumentos que permitan sostenerlo sin sentirse culpable de estarse haciendo daño. Con frecuencia quien padece de "mal de amor" no es consciente de muchas de las cosas que le están ocurriendo: pérdida de peso, enfermedades frecuentes, propensión a la depresión y la melancolía, distanciamiento gradual de un entorno social amplio, desmotivación en la búsqueda de opciones vitales propias, pérdida del deseo de vivir por sí mismo. Todo conduce a un mayor apego a aquello de lo cual se depende: con él(ella) todo cambia y retornan los momentos de paz y alegría, el deseo de darse completamente, de desnudarse y, especialmente, de hacer el amor. Y él(ella) ¿que pensará de todo esto?, ¿cuánto tiempo durará su disposición a responder a las demandas de afecto?, ¿realmente lo hará por amor, por una dependencia similar, por lástima, por comodidad?. Siempre las preguntas estarán presentes y serán muchas más las cosas que quedan por decirse que las que realmente constituyen alguna mínima certeza. La adicción amorosa tropieza con la circunstancia de que su objeto es también un sujeto: otro ser humano que interviene activamente en el sostenimiento del vínculo. No se trata de una situación de obsesividad sexual, en la cual el objeto del deseo es indeterminado y en cierta forma irrelevante. Por el contrario, se trata de un verdadero objeto-sujeto amoroso, de alguien con quien se siente bien, con quien se comparten cosas profundas, que dispone de herramientas para participar en el sostenimiento de la relación. Es esta característica intersubjetiva la que determina la exclusividad perversa (esclavitud), e impide salir del cír-

culo cerrado de los dos, rompiendo el ensimismamiento de la pareja como si él fuera la única posibilidad de proyecto conjunto. Es la situación que plantea "El portero de noche", el film de Liliana Cavani, en el cual el antiguo verdugo nazi se encierra con su víctima del campo de concentración hasta ambos agotar su amor en la muerte. En la fusión de objeto-sujeto los amantes tejen una maraña de interdependencias que van haciendo indescifrable lo que los une, de tal forma que se convierte en una red de la cual es virtualmente imposible liberarse por el camino de la reflexión o del diálogo: ninguno desea liberarse y ninguno desea liberar al otro.

Sólo una convicción de vida puede ayudar a liberarse, mediante un acto radical de autorecuperación. Una convicción profunda que infortunadamente para muchos sobreviene tarde, después de que alguna circunstancia fortuita, y en extremo dolorosa, activa las alertas y pone en evidencia los estragos de la enfermedad: la muerte de alguien querido, el rechazo social, una desgracia familiar, una depresión profunda, el sentido irreparable del tiempo usurpado a otros afectos y, sobretodo, a sí mismo. "Hay amores que matan", dice la sabiduría popular. Pero también es importante saber que siempre queda algún camino para volver a vivir.

¿Y ENTONCES QUE ES EL AMOR?

Es claro, como en todas las adicciones, que el amor enfermo es un síntoma de un trastorno más profundo de la vida. No se trata de un problema moral, aunque tenga muchas consecuencias morales: hijos sin padre provenientes de una adicción de adolescencia, hogares rotos por una adicción de la edad madura, divulgación de secretos de estado por la adicción de un poderoso, deterioro de la imagen y la confiabilidad de una

profesión por la adicción a un paciente, alumno o feligrés... En fin, podrían enunciarse multitudes de casos en los cuales los efectos morales de este tipo de relaciones afectan al individuo y a la comunidad en la cual se desempeña. Pero su conducta no está guiada por un deseo de desafío moral, sino por una compulsión profunda de realización amorosa, que en vez de proyectarse como la fuente de construcción de nuevos valores debe atropellar todos los existentes para poder consumarse y sostenerse.

¿Pero cuál es el trastorno de nuestros tiempos que hace que cada vez haya más personas solitarias envueltas en amores dolorosos y sin esperanza? ¿Será un trastorno de siempre, o tendrá relación con la misma situación que conduce a muchos al alcoholismo y a las sustancias psicotrópicas? A veces me inclino a pensar que nuestra época se ha despreocupado en cultivar razones para vivir, en la misma medida en que ha sobreadundado en fabricar mecanismos para vivir. Por una parte la educación ha entregado a las personas muchas más herramientas que les permiten descubrir sus posibilidades intelectuales y su poder de autodeterminación, pero no ha sabido entregar valores suficientemente fuertes en los cuales invertir los poderes adquiridos: el elevado nivel de autoconciencia no encuentra alteridad social para alimentarse. Por otra parte, el paso a la modernidad ofrece innumerables oportunidades de acceso al placer, siempre y cuando se disponga de los medios económicos para adquirirlo y a conseguir estos recursos se concentra nuestro esfuerzo intelectual y nuestra actividad laboral: mediante ellos se accede a la comodidad, la buena comida, el sexo, el poder, la recreación. Pero nada de esto garantiza que se rompa la soledad de gentes urbanas tan ocupadas que no lo gran superar su soledad y aislamiento.

El amor, en las sociedades tradicionales, se inscribía en una finalidad reproductiva que daba un sentido a la constitución de núcleos familiares aptos para la reproducción, la crianza de los hijos y la constitución de un patrimonio que garantizara la supervivencia. En este contexto el individuo tenía un sentido en el contexto familiar y comunitario inmediato, en tanto que su papel de ciudadano activo tenía una significación marginal, fuera de las élites dominantes. Ante la precariedad de la vida presente, la trascendencia y los valores conducentes a la salvación del alma eran un aliciente para sortear las vicisitudes de la pobreza, la enfermedad y la muerte en una dimensión de sentido cósmico y religioso.

La ruptura introducida por la modernidad modifica substancialmente la actividad humana y sus formas de relación afectiva. La familia cambia de significación y se reduce a lo que se denomina familia nuclear. La antigua casa en la cual convivía la familia extensa se substituye por el departamento urbano desde el cual padre y madre se desplazan diariamente a sus lugares de trabajo, mientras uno o dos hijos van a la escuela. Al regresar ponen el televisor para entretenerse y descansar de la tensión del día. Los jóvenes van al colegio o a la universidad y para divertirse en la noche van a lugares multitudinarios donde se baila y se bebe licor en medio de música estridente y luces intermitentes. Los profesionales y empleados viven la mayor parte de su tiempo en espacios de amplio intercambio social entre hombres y mujeres. En estos espacios de ejercicio vital priman los factores individuales de atractivo personal, simpatía, competencia profesional, estatus y poder, en tanto que los condicionantes personales como el entorno familiar y el estado civil tienen un peso mucho menor. Incluso la diferenciación de género tiende a reducirse al máximo en lo que concierne a la competitividad en el terreno públi-

co, para reservarla exclusivamente a lo privado. La lucha individual por la superación de sí mismo, el inacabable repertorio de opciones que ofrece el mundo moderno, la implacable competencia que envuelve a hombres y mujeres para poderse destacar, la enorme cantidad de energía que consume esta lucha diaria emprendida desde el preescolar, conducen a una profunda soledad que sólo parece hallar alivio en una pasión amorosa.

¿Cuál es entonces el camino del amor en nuestros días? Muchos siguen los dictámenes de la tradición y se esfuerzan en buscar una pareja con la cual constituir un hogar, tener hijos y conformar una sociedad de bienes que permita adquirir las comodidades y los placeres que se encuentran en el mercado. Otros, cada vez más, rechazan esta idea y buscan un tipo de amor en el que la reproducción y la crianza de niños no ocupa un papel primordial —incluso se excluye— y, a cambio, se destaca el deseo de proveerse compañía y placer mutuos, tanto en el aspecto físico y material, como en el psicológico e intelectual: relaciones entre iguales, relaciones libres, relaciones individualmente productivas, relaciones abiertas, relaciones basadas en la autodeterminación y el respeto. En esta dimensión la pareja adquiere un significado diferente y su permanencia no descansa en un valor absoluto de carácter moral, sino en la relatividad del placer y satisfacción que proporcione. Dado que la exigencia social de perpetuidad está también sujeta a las condiciones de bienestar, la separación se hace más fácil y menos dramática desde el punto de vista colectivo (especialmente si no hay hijos). De igual manera el inicio de nuevas relaciones es posible, aún existiendo ya una relación de base. El amor deja de ser la búsqueda y la construcción de lo absoluto, de lo permanente y se transforma en la búsqueda de algo fundamental pero inscrito en la incertidumbre. Al no haber compromisos definitivos respaldados

socialmente —y sobretodo considerarlos absurdos—, se hace urgente verificar día a día la supervivencia de la relación, ya que la incertidumbre consiste precisamente en la ausencia de certezas tranquilizadoras. Muchas cosas que hacían parte de las relaciones tradicionales asumen una nueva significación y se problematizan como signos de decadencia en la relación amorosa: la rutina, la disminución del deseo sexual que sobreviene con el tiempo, el declive de la pasión desbordada que marcó la constitución del vínculo, la adquisición de obligaciones crecientes con la aparición de los hijos, la restricción que estos imponen frente a los estímulos de diversión y desplazamiento que se ofrecen fuera del ámbito del hogar, la dependencia de cada miembro de la pareja con respecto a las necesidades o caprichos del otro. Surge entonces el deseo de ampliar los espacios sociales y la búsqueda de otras personas que compensen los vacíos y permitan avivar de nuevo las ilusiones, la pasión, el deseo sexual, el descubrimiento de nuevas facetas de la personalidad que sólo son posibles de ver en una alteridad. La infidelidad se presenta ya no como un pecado imperdonable sino como una forma de exploración del amor, la sumisión a la rutina familiar es repudiada como un sacrificio estéril, los celos dejan de tener sentido al no existir una relación de propiedad marital. La estabilidad de la pareja amorosa se hace más frágil y su sostenimiento depende de un esfuerzo cotidiano que con frecuencia es fatigoso y acarrea dolor, sobretodo si se experimenta que la mayor carga de energía procede sólo de uno de los miembros de la pareja. Vivir siempre en riesgo de abandono, pérdida o ruptura es vivir siempre consciente de la soledad esencial: este parece ser el síntoma de nuestros días.

En este contexto amamos profundamente y reclamamos ser amados, sin saber muy bien en qué consiste esta necesidad básica de

nuestra vida, por la cual somos capaces de violar todas las normas del pasado pero no somos igualmente capaces de asumir los riesgos del futuro. Ya ni siquiera resulta fácil hablar del amor, porque los referentes que hasta hace poco tenían vigencia, ahora parecen haber entrado en desuso. La virginidad, la fidelidad, el largo y casto noviazgo previo al matrimonio, que seguramente cumplían un papel erótico de aplazamiento del placer, que a su vez obligaba a explorar otras formas de comunicación, hoy no tienen vigencia. Tampoco la preparación para la entrega definitiva, ni el cierre voluntario de nuevas oportunidades amorosas, ni la solidaridad en los momentos de la adversidad, ni la generosidad requerida para fabricar la vida a dúo y buscar el bien del otro por encima del de uno mismo. Hoy tiene vigencia cada individuo (hombre o mujer): su principal derecho es la búsqueda de su propia realización intelectual, afectiva, sexual y laboral. El otro es el otro y tiene su propio deber consigo mismo. Si dos pueden conjugar sus propios retos quizá puedan andar juntos por la vida, acompañándose y ayudándose, pero sin ninguna dependencia entre ellos. Tal vez logren ser felices por largo tiempo y procrear hijos felices e independientes. Pero habrá muchas circunstancias que contribuirán a distanciarlos, a mostrarles que el amor eterno no pasa de ser un mito y que el reto más importante de la nueva humanidad es aprender el arte de la soledad y el cultivo del valor y la fortaleza necesarios para vivir el tramo de tiempo que corresponde dependiendo solamente de las propias fuerzas.

Tal vez estos retos hagan que se viva la pasión sexual y amorosa con mucha mayor fuerza que en otros tiempos, también con mayor ansiedad y dolor. Quizá los más débiles, los incapaces del estoicismo moderno que desprecia el amor como quimera y asume las relaciones de afecto como situaciones de paso, se vean presas

de un horrible temor a la soledad y tengan que recurrir a un amor enfermo como forma de alivio a la desconfianza sobre sus propias fuerzas. Ante la imposibilidad o la repulsión de asumir relaciones convencionales de matrimonio estable se harán dependientes de un objeto amoroso (¿amante?) creyendo que son libres y hallarán sentido a su vida en el sufrimiento de un amor inalcanzable, muy similar al de aquellas santas que torturaban su cuerpo y aniquilaban su vida para llamar la atención de su Señor. Quienes ni siquiera consigan este simulacro de amor tal vez recurran al sexo impersonal y compulsivo, al alcohol, a los estimulantes... Los más respetuosos de los dictámenes sociales desarrollarán su adicción al trabajo que puede llenar todo el tiempo de la soledad y siempre será bien vista. Y quienes deseen el éxito por encima de todo unirán todas estas adicciones para conseguir el paraíso.

En un plazo de tiempo histórico la humanidad irá decantando los caminos del amor, hallando nuevas formas de relación adecuadas a las necesidades adaptativas del entorno físico y social. Pero quienes estamos inmersos en el ojo del huracán tendremos que hacer un esfuerzo supremo para vislumbrar nuestro horizonte y, en lo posible, evitar el dolor de llegar a un momento en el cual se reconozca el amor como la gran oportunidad perdida Ψ